

Capítulo siete

Esa noche, Carmen hizo la cena. Preparó arroz con frijoles. También hizo piononos. Los piononos son plátanos con carne. Tenían un sabor muy bueno.

Después de la cena, Carlos, Jaime y Carmen se sentaron en la cocina pequeña de la Sra. Rivera. Comieron mangos y bebieron jugo.

—Gracias por ayudarme hoy —le dijo la abuela a Jaime.

—De nada —le dijo Jaime—. Fue muy interesante.

—¿Qué bueno —le replicó la abuela—. ¿Carlos, a ti te gustó la farmacia?

—Claro —le dijo Carlos—. No hay tiendas como ésta en Ohio.

—¿Ohio? —dijo la abuela Rivera.

—La calle Ohio —dijo Carmen. Le dio una mirada furiosa a Carlos. Carlos se olvidó que era el novio de Carmen. Por un minuto, Carlos solamente era un chico de Ohio. Carmen le dijo a su abuela:

—Ohio es la calle en Nueva York donde vive Carlos.

—Claro, la calle Ohio—dijo Carlos.

—Hay muchas farmacias en Nueva York

—les dijo la Sra. Rivera—. Cada barrio puertorriqueño tiene una farmacia.

—Por supuesto—les dijo Carlos.

—De todos modos le quiero agradecer de nuevo. ¿Sabían Uds. que yo sé el futuro?

¿Quieren saber el futuro de Uds. dos?.

Carlos y Jaime no querían saber el futuro.

Sólo querían volver a Ohio.

—Sé lo que está en los corazones de las personas—les dijo la Sra. Rivera—. Puedo saber hasta los pensamientos de las personas.

Ninguno de los dos quería saber el futuro.

Tampoco querían saber los pensamientos de la abuela. Sólo querían regresar a Ohio.

—Abuelita—le dijo Carmen—, díles el futuro a ellos. Les va a gustar saber el futuro.

—De acuerdo—le dijo la abuela—. Chicos, todo esto es gratis. No cuesta nada. Apaguen las luces. Trabajo mejor en la oscuridad.

Carmen apagó las luces. La casa estaba muy oscura.

—Está bien—dijo la abuela—. Ahora prende la vela grande en la mesa.

Carmen sacó una vela grande y roja. La encendió. La casa no estaba tan oscura ya pero todavía tenían miedo los dos jóvenes de Ohio.

La abuela Rivera tomó las manos de Jaime. Cerró los ojos y se empezó a mover. Empezó a temblar. Empezó a repetir unas palabras. Seguía repitiendo las palabras. Después de un rato la abuela habló:

—Jaime, tú estudiarás en la universidad. Estudiarás en la universidad durante varios años.

—Sí, es correcto—le dijo Jaime. Jaime tenía planes de seguir estudiando. Estaba asombrado porque la abuela tenía razón.

—Veo el futuro. Vas a estar enfermo—le dijo la Sra. Rivera a Jaime. Tenía una voz baja que daba mucho miedo. Jaime no dijo nada.

—No. No es cierto. No vas a estar enfermo. Ahora lo veo. Vas a trabajar con los enfermos. Vas a ser médico en el futuro.

Jaime estaba muy sorprendido de nuevo porque él tenía planes de estudiar medicina.

—Eso sí que es bueno —le dijo la Sra. Rivera—. Hay una gran necesidad por doctores en el mundo hoy en día. Tú serás un buen doctor.

—Sí. Claro que sí —le respondió Jaime.

—Veo hijos y una esposa —le dijo la abuela a Jaime—. Pero falta mucho tiempo todavía. Faltan años. Tu esposa tiene lentes y es un poco gorda. Tiene todos sus dientes. Eso sí que es bueno.

Jaime no sabía cómo responder. La abuela siguió teniendo las manos de Jaime. Siguió moviéndose y temblando. Tenía los ojos cerrados. A Jaime no le gustó todo esto. No quería oír más.

—Tienes una vida larga, muy larga —le dijo la abuela Rivera. Después dejó de hablar. Dejó de moverse. Dejó de temblar. Soltó las manos de Jaime.

—Ya terminé —le dijo la abuela a Jaime—. ¿Te gusta el futuro tuyo?

—Sí —le contestó Jaime.

—¡Estás contento de saber que hay una esposa y niños en tu futuro? —le preguntó la abuela.

—Sí, claro —le respondió Jaime. Jaime realmente quería una esposa que se pareciera a Pamela Anderson en vez de una mujer gorda con lentes.

—Y vas a ser doctor —siguió la abuela—. Eso es una cosa muy buena.

—Sí —le dijo Jaime—, me gusta. Gracias por contarme que voy a ser doctor. Gracias por contarme el futuro. Me alegro mucho.

—Ya, ¿qué tal tu futuro, Carlos? —le preguntó la abuela a Carlos—. Ya te voy a contar tu futuro.

Miró a Carlos y le agarró las manos. Ella cerró los ojos. De nuevo empezó a moverse y temblar. Empezó a decir palabras raras y extrañas. Durante un buen rato la abuela no dijo nada.

—Veo la universidad en tu futuro. Muchos años en la universidad.

—¡Qué bueno! —le dijo Carlos. Ahora Carlos tenía miedo. Le pareció muy raro estar en un cuarto oscuro con una bruja vieja.

De pronto, la abuela se levantó. Soltó las manos de Carlos.

—¡Sal de mi casa! ¡Sal de mi casa inmediatamente! Eres malo. Tú eres muy malo. Traes espíritus malos a mi casa.

Carlos estaba muy sorprendido. ¡Qué terrible! ¿Qué vio la abuela en el futuro que era tan terrible? ¿Qué es lo que va a pasar en el futuro que es tan terrible? ¿Va a morirse muy joven?

Carlos se puso de pie. Le dijo:

—¿Qué pasa, Sra. Rivera? ¿Qué vio Ud.? ¿Qué es tan terrible?

—Tú eres terrible —le respondió la abuela—. Tú me mentiste.

La abuela se volvió hacia Carmen. La miró con una expresión increíble y le dijo:

—Y Carmen, tú me mentiste también, ¡mi propia nieta!

—¿Por qué dices eso, abuelita? —le preguntó Carmen.

La abuela miró hacia el suelo.

—Carlos no es tu novio —le dijo a Carmen—. Lo veo todo muy claro ahora. Tú no eres parte de su futuro. Él me mintió y tú me mentiste también.

La abuela gritó con mucha fuerza:

—¡Carlos y Jaime tienen que salir de mi casa! ¡No quiero gente mala aquí!

La abuela gritó aún con más fuerza. Parecía loca. Realmente estaba loca de rabia.

Carlos no sabía que hacer. Sólo sabía que ya era hora de salir. Debían salir lo más pronto posible.

—Vamos, Jaime —le dijo Carlos.

Jaime sabía que Carlos tenía razón.

—Sí, vámonos de aquí ahora mismo.

Luego los dos hicieron lo único que podían hacer. Salieron corriendo de la casa. Salieron más rápido que el diablo. Corrieron lo más rápido posible. En verdad pensaban que el diablo los seguía.